



Escribe:  
CARLOS PAEZ DE LA TORRE



gente que hizo historia

No. 1  
1. No. 1

LA GACETA

# INDIO HEREDIA: GENERAL Y DOCTOR

Carlos

3652

Un personaje de irresistible fascinación:  
del Derecho y la Teología saltó al caballo y al sable,  
pasando por las chinitas del Bajo.  
Organizó la vanguardia de Güemes y lo llamaron "el pequeño  
Rosas del Norte Argentino".

Ilustraciones de GUIDO BRUVERIS

Alejandro "el Indio" Heredia tiene una fascinación que resulta difícil evitar. No es para menos: era un "general-doctor" como Belgrano, casos raros y acaso únicos en la historia argentina. Se había ganado el diploma en Teología y Derecho en la Universidad de Córdoba, con todos los honores. Pero prefirió después el sacudón de las guerras, la cabalgata a cielo abierto manejando hombres, antes que aburrirse en el mundo del pleito y los latines. Ni bien se supo la Revolución de Mayo, Heredia se alistó en el Ejército y en enero de 1811, como teniente, marchaba con los Dragones del Perú. Las batallas empezaron a sucederse: Huaqui, Nazareno, Las Piedras, el Campo de las Carreras de Tucumán — donde Belgrano lo recomendó "muy particularmente" a Buenos Aires— el Campo de Castañares de Salta, Vilcapugio y Ayohuma.



En todas mostró que era bravo, y que merecía en buena ley las tirillas de capitán primero y de sargento mayor después. Cuando San Martín tomó el comando del Ejército del Norte, Heredia organizó las avanzadas de la vanguardia de Güemes. Con las guerrillas que retomaron Salta cabalgó y sableó junto a Lamadrid después, las batallas siguieron, ese año de 1815. Puesto del Marqués Venta y Media, Sipe-Sipe: estuvo en los tres sangrientos entreveros y fue herido. En 1817 ya era teniente coronel el Indio Heredia, y empezó a tentarlo la política. Por eso se amotinó en Arequito y volvió a Tucumán con un destacamento. Estuvo un tiempo en Salta. Se casó con Juanita Cornejo Medeyros, una de las herederas lindas de ese tiempo, y Güemes lo nombró jefe del Estado Mayor. Juntos, pelearon animosamente contra los realistas, hasta que

## INDIO HEREDIA...

Güemes rompió relaciones con el gobernador de Tucumán, Bernabé Araoz. En 1824 Tucumán lo eligió diputado al Congreso Constituyente de ese año. La causa federal lo hizo suyo, y en 1827 ya está Heredia cabalgando por La Rioja, Catamarca y Salta, buscando convencerlas para que dieran a Dorrego el manejo de las relaciones exteriores. Son los pasos previos a su gran entrada en la política, que ocurre en enero de 1832, cuando lo eligen gobernador de Tucumán.

### • Hora de arreglar

El Indio Heredia se sienta en el Cabildo un poco preocupado. Nada tiene que ver con la gente poderosa de Tucumán. El doctor ya es todo un soldado, que no sabe de relaciones públicas. Ha agarrado ese potro que es la gobernación, pero la sabe difícil: no es lo mismo mandar ejércitos que mandar estos civiles habituados a tanta guerra entre los Araoz y los López, sangrados por los empréstitos y naturalmente reacios a todo. Ya que no podía "hacer el bien", buscaría "evitar el mal", les dijo de entrada. Y se lanza entonces a una tarea sensacional: poner orden en ese montón de indisciplina que es el aparato de poder de Tucumán, que ha quedado como desbandado desde que cesó de funcionar la rigidez virreinal.

Hace un censo, para saber cuántos viven y de qué se ocupan. Arma una especie de correo provincial en base a veloces jinetes y postas, para que llevaran las cartas del gobierno. Prohíbe que lo vengán a visitar en el despacho quienes no tengan nada que hacer: fuera del trabajo, les dice que "tendría un placer en guardar sociedad con ellos y aprovecharse de sus luces y conocimientos". Como nadie sabe qué leyes rigen, hace mover la zarandeada tipografía de la imprenta pública y empieza a editar un Registro Oficial. El orden exige terminar con las tentaciones. Por eso se lanza contra los juegos de naipes —"de envite y tuteo"—, contra "las correrías y galopes en grupo por la calle" en el carnaval y contra las pulperías volantes. A las mujeres también las mete en vereda. Como se ha vivido casi tres décadas de guerra, la vida fácil ha reclutado a más de una. Heredia las fulmina con un bando: la que no tenga ocupación, que se la busque en el plazo de ocho días, salvo que quiera ser "reputada y tenida por ociosa y vaga", y vérselas con la policía.

### • Amores y sueños

Pero no creamos que era un misógino el gobernador. Al contrario.



Alberdi fue amigo de "El Indio"



La estampa del brigadier



Dr. Marco Avellaneda, "alma" de la liga

Bien lo saben las chinitas del Bajo, que lo conocen como asiduo visitante de sus reuniones de erotismo primitivo, con mucha aguardiente y muchas vidalitas. El gobernador no va solo. Caminan con él los muchachos jóvenes, los intelectuales de Tucumán de ese tiempo: Brígido Silva, Salustiano Závala, Marco Avellaneda, Juan Bautista Alberdi, Baltazar Aguirre. Al Indio le complace la compañía, no solo porque de ese modo reverdecen sus latines y sus lecturas de Córdoba, sino porque, del brazo de ellos, se llena su vanidad de figuración social. En el Bajo bailan, toman aguardiente, cantan, se ríen. Al Indio le gustan las copas —Juan B. Terán habla, directamente, de su "dip-somanía final"— y en esos delirios, se imagina un Tucumán clásico, como esas ciudades que aparecen en los libros que leía durante su tiempo universitario. La villa de Monteros —piensa— será trasladada y se llamará Alejandría. Su estancia del sur será la Arcadia de los clásicos. Sueña, baila, toma y conversa el gobernador. Le encanta que lo rodeen los





El paseo de la Alameda en esta acuarela de Ignacio Baz. Un testimonio de la época

muchachos de larga melena y mal romántico. A uno de ellos, Alberdi, le ha enseñado los rudimentos de latín. Como el jovencito promete, le da una beca para que estudie en Buenos Aires. Las fiestas son de noche, por supuesto. Las viejas se persignan cada vez que escuchan, a través de las rejas y el postigón, que vuelve el gobernador caminando bajo la luna con sus amigos. Y se pregunta qué harán los mocitos, tan bien educados, andando con el Indio.

• Que se casen y se eduquen

Pero eso es de noche. De día, Heredia se mueve rápido. No sólo la administración pública y el orden municipal le importan. Hay que renovar las estructuras donde el poder se conecta con la gente. Porque él quiere terriblemente a la gente. Prohíbe que los médicos cobren a los pobres. Quiere que se casen, porque los matrimonios son importantes "para el engrandecimiento de la sociedad en

el orden físico y moral". De allí sale su insólita ley de fomento de matrimonios, donde dispone que todo el que lo contraiga de entonces en adelante, "gozará de una plena exención de las contribuciones ordinarias por el término de cuatro años". Aparte de los matrimonios, hay que educar. En Tucumán, si no fuera por los franciscanos y dominicos que enseñan en los conventos como Dios los ayuda, nadie sabría ya leer ni escribir. Ahí está, escribe Heredia, "el origen de todos los desórdenes". Entonces empieza a fundar escuelas, sobre todo en el campo, "donde la vida solitaria y sin relaciones ha arraigado costumbres casi opuestas a los deberes del hombre en sociedad".

Como universitario, su labor no se agota en la fundación. Urde unos reglamentos minuciosos para el aprendizaje. Ordena que a los niños pobres se les de libros, papeles, plumas y tinta gratis. Su gran creación es una escuela modelo, bajo el sistema de Lancaster, que entonces hacía furor. Además de los conocimientos en sí, ordena que se enseñen buenos



g. Brumans



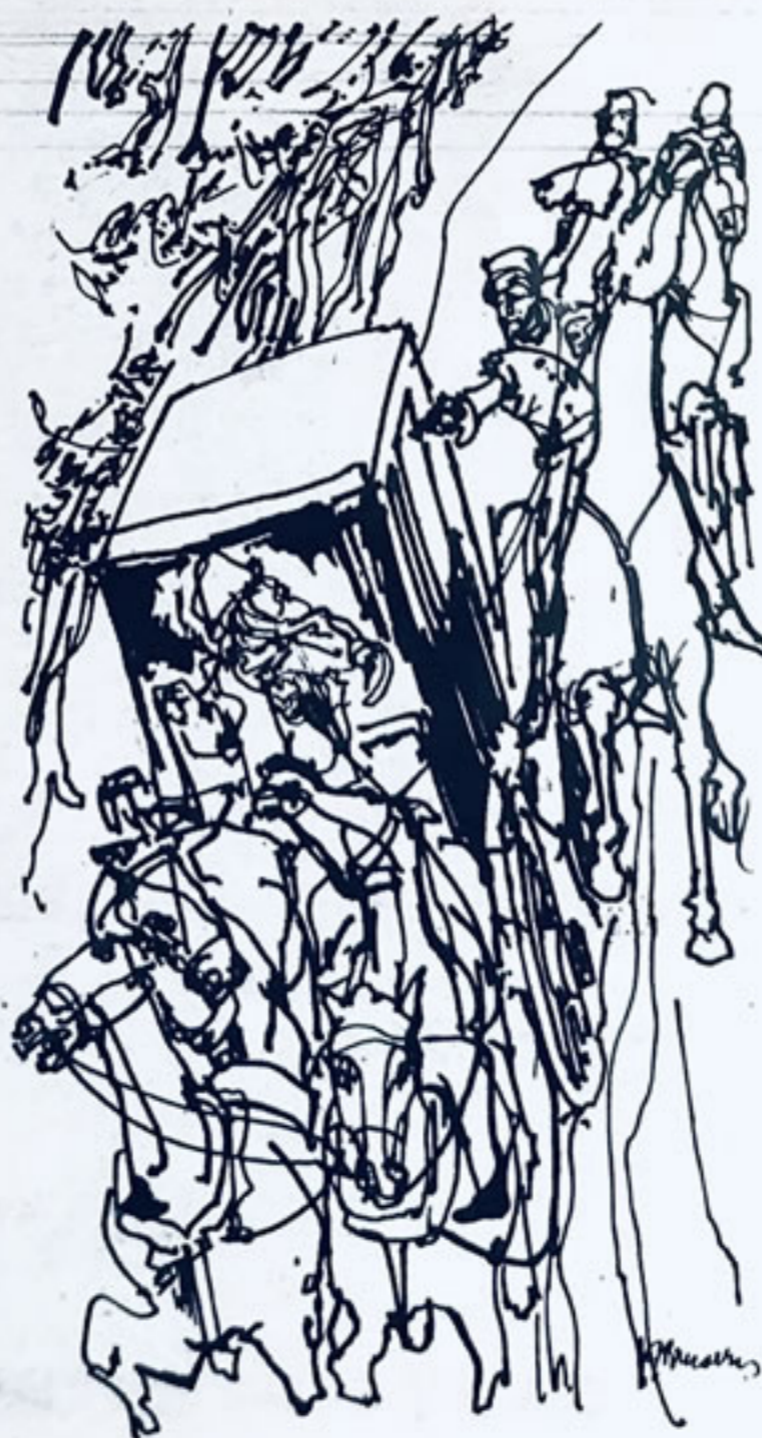
Iglesia San José de Lules. En sus cercanías los hombres de Robles mataron al "Indio".

modales, respeto a los padres, ancianos y gobernantes. Pero prohíbe que se azote a los alumnos, porque ello no es propio de "ciudadanos libres". Idea un Colegio de Ciencias en el convento franciscano. Y después una Escuela de Música. El hombre de la Arcaia y la Alejandría sigue soñando con una nueva civilización.

## • El pequeño Rosas

La fiebre reformadora de Heredia abarca todo. Ha logrado primero la paz, por medio de tratados de amistad con las provincias limítrofes, aunque eso no lo ha distraído de formar un poderoso ejército. No ha perdido de vista que aquel experimento hecho por el obispo Colombres con las dulces cañas moradas —que ya han empezado muchos a imitar— merece que se lo cuide: y ahí va a la Legislatura la primera ley de protección al azúcar firmada por Heredia, poniendo un fuerte impuesto a la que llegue de afuera. Se percata de que a la gente se le han cargado muchos empréstitos que nunca se rescatan, y empieza a pagarlos: en 1836 comunica que "poco o nada" quedaba de esa deuda. Modifica la administración de Justicia y termina con muchos pleitos viejos. También intenta dar a Tucumán una constitución, des-

pués de adherirla al Pacto Federal de 1831. Pero no pudo evitar la guerra. Tuvo guerra interna, contra Javier López, y lo puso fin haciéndolo



fusilar en 1836. Peleó contra Catamarca y peleó contra Bolivia, declarando en 1837 las hostilidades al presidente Santa Cruz por la forma en que ayudaba a los enemigos de la Confederación Argentina. Pero las batallas no ensombrecieron su tolerancia. Porque se lo pidió Alberdi en un brindis, no tuvo inconveniente de perdonar, en 1834, a Gerónimo Helguera y Angel López, condenados a muerte por revolucionarios. Como todos los autócratas, obraba por corazonadas. Una ira suya podría arrastrar un hombre al pelotón —dice Terrán— y un rato de buen humor podía conseguir lo increíble. El Indio tenía poder y le gustaba ejercerlo. Después que venció a López, marchó sobre Salta y Jujuy, y se apoderó de ambas. En una puso de gobernador a su hermano Felipe, en la otra a su ahijado Pablo Alemán. Así, se convirtió, dice el historiador Vergara, en "el pequeño Rosas del Norte Argentino".

## • Morir en Lules

Pero estaba escrito que las fiestas vespertinas iban a traerle una complicación fatal al Indio. En una de esas bien regadas tertulias, en Salta, por una cuestión de polleras, dicen que se le fue la mano sobre el rostro de un oficial, Gabino Robles. Y dicen también que aprovechando el odio de Robles, los unitarios (que no tenían interés en entrar en la política conciliadora del Indio) lo comisionaron para que le diese muerte. Marco Avellaneda fue acusado de ser responsable indirecto, pero lo niega en su correspondencia personal y, al borde del patíbulo, rehusó firmar una confesión en ese sentido. El caso es que, mientras iba en su coche rumbo a la Arcadia, una partida encabezada por Robles terminó en Lules, a balazos y puñaladas, con los siete años de gobierno y la vida del Patriarca Federal del Norte.

Fue el 12 de noviembre de 1838. Una tarde de noviembre / por una boscosa senda / en su galera viajaba / el gobernador Heredia. / No lleva escolta a su lado / que en su vanidad ingenua / cree que lo escolta su fama / de héroe de la Independencia. / Doctores unitarios / lo mandaron a matar / mal hicieron los doctores / y caro la pagarán. / No era malo el indio Heredia / que sabía perdonar / que lo diga sinó Alberdi / que lo diga Marcos Paz / y hasta el propio Avellaneda / lo podría atestiguar, dice el cantar. ♦